

EL LABERINTO Y EL HILO

SIN PARQUES Y CON
30 MILLONES

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Hace muchos años que los urbanistas vienen batallando porque Lima, cuyo crecimiento es harto acelerado, no reduzca la indispensable proporción entre zonas construídas y zonas libres hasta el total ahogo. Ya en 1954, la Oficina Nacional de Planeamiento y Urbanismo, señaló la escasez de áreas verdes en términos que revelaban la dramática inarmonía de los sectores de recreación y solaz con respecto a la edificación. En el documento correspondiente se anotaba que del estudio del plano de la capital y sus alrededores se podía deducir la magnitud de esta crisis: sólo 3.3 m² de parque por persona representaban la séptima parte de lo que aconseja la National Playing Fields Association, de Londres, como proporción normal para una urbe moderna bien aireada. La campaña en pro de parques y jardines fue, desde el comienzo, inspirada por los técnicos, quienes afirmaron, desde diversos órganos de prensa, que las áreas libres deberían, por lo menos, ser triplicadas para servir adecuadamente a la población.

Conseguir esta triplicación no es para el Estado ningún problema. Como se sabe, se cuenta con extensos terrenos de propiedad pública que, modelados de acuerdo a un plan, pueden convertirse en esos parques de uso popular que, para los habitantes que carecen de jardín propio y medios para salir de la capital durante el fin de semana, son esenciales. El Ministro Beltrán, de quien se afirma peregrinamente que fue el autor de la "idea inicial" de la creación de un parque a escala de la ciudad, no ha encontrado otra solución que obtener la promesa de que las ganancias excedentes de la lotización de Limatambo serán destinadas a la realización de un bosque urbano. ¿Y por qué no —ya que incluso editoriales de su diario lo señalaron— destinar a ese fin el área del Hipódromo de San Felipe, o la de la Penitenciaría Central, o la del propio aeropuerto? El Ministro no logra ponerse de acuerdo consigo mismo y en ese trance encuentra que, para no afectar intereses y danzar al son de todas las conveniencias, es mejor conseguir dinero. ¿Dónde irá, con los 30 millones, a comprar el parque? ¿Habrà un feliz propietario que venderá terrenos al Estado, a quien le sobran propiedades?

Los técnicos observan que, además de los requerimientos de superficie utilizable para el recreo público, se precisa disponer de áreas libres de modo tal que sirvan eficazmente a sus usuarios: deberá cuidarse que los ciudadanos puedan concurrir a ellas sin tener que recorrer distancias excesivas y sin que se vean obligados a desafiar los peligros del tránsito automotor. No se trata, pues, de elegir cualquier sitio. Lima —véase el plano— no posee demasiados terrenos disponibles en esas condiciones, y si no se elige uno de ellos, el bosque que se nos promete irá a parar a las afueras, ahí donde no será ni pulmón para el abigarramiento ni campo de recreación para la masa.

El espectáculo dominical del Campo de Marte no es edificante, pese a que ahí juegan niños y muchachos. ¿Por qué? Simplemente porque esa muchedumbre denuncia que, llegado el día dedicado al descanso, la gente no sabe dónde ir a divertirse en el paseo o el deporte. El hormigueante panorama de esa área libre (que, como tantas otras, ha sido mutilada en beneficio de la edificación oficial), es todo un documento de las protestas de los urbanistas acerca de la falta de zonas verdes en

desesperanzada.

esta ciudad, que ha sido llamada "ciudad-jardín", pero a la cual las cifras estadísticas disputan el título tradicional. Crear parques no es, de otra parte, soplar y hacer botellas. Cuando los famosos 30 millones estén sobre el escritorio del Ministro, ¿qué se hará con ellos si no se emplean San Felipe y las otras tierras por ahora a disposición?